

Recopilación de *Boletines informativos* editados en 1.989 sobre “**Santander en 1.900**” por la antigua correduría de seguros SEGSA, ubicada en la calle Cádiz, nº 18 en Santander.

Boletín nº 13

SANTANDER 1.900

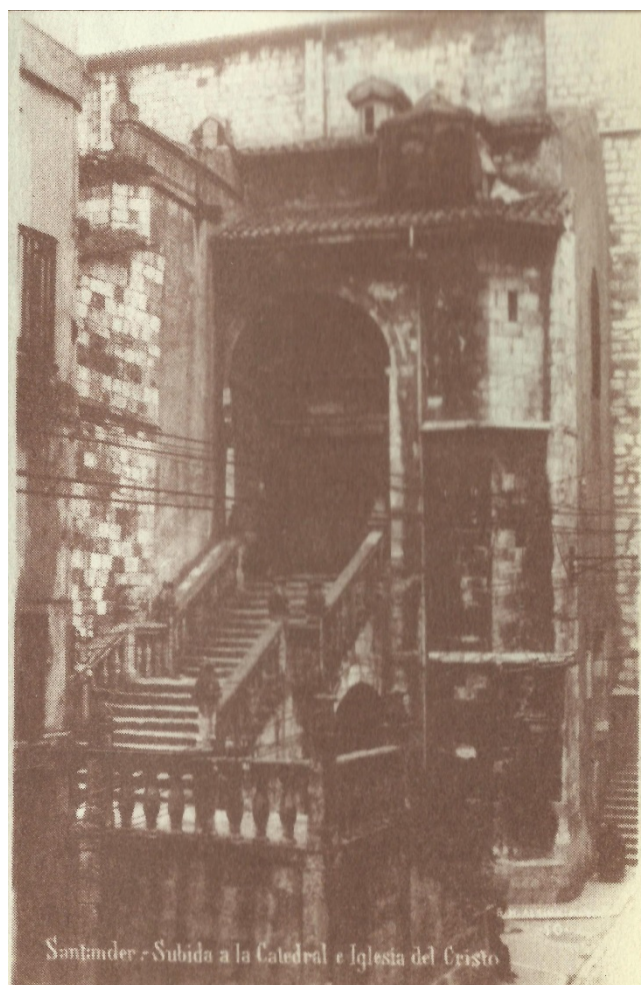
“ LA CATEDRAL ”

Conforme quisimos apuntar al glosar la cripta de Cristo, el templo superior debió ser comenzado cuando finalizaba el siglo XIII una panta basilical de tres naves sensiblemente diferente a la Catedral que hoy conocemos.

Parece pues posible que las obras estarían concluyéndose cuando el abad Pérez de Monroy -a cuyo cabildo confirmó Alfonso XI en 1.315 las rentas y pechos de la villa- inició la construcción del claustro y del desaparecido hospicio del Espíritu Santo, construcción que había de dilatarse incluso hasta el siglo XVI en su crujía Este. Una muestra de los procedimientos de edificación es apuntada por D. Jerónimo de la Hoz señalando como los abades conceden derechos a capillas y sepulturas a cambio de efectuar tramos de obra por cuenta de particulares. En este mismo sentido existe aún una inscripción, bajo una hornacina trilobulada, en el muro exterior orientado a la antigua rua mayor.

La entonces colegiata de tres naves fue ensanchada por su lado norte -el de la actual fachada principal- con una serie de capillas que después formaron una cuarta nave, conforme puede apreciarse si comparamos el plano de Zúyer con el actual. Esta cuarta nave, que únicamente llega hasta el crucero, fue construida sobre el pórtico de entrada a la cripta del Cristo. Junto a su principal capilla, fundada en 1.618 por los Riva Herrera, se encuentra hoy el antiguo baptisterio, en le saliente que se observa en su fachada norte. Pero además de este baptisterio se encuentra nuestra Catedral una pila de abluciones con inscripciones árabes que se cree fue traída de la conquista de Sevilla por los marinos cántabros.

A mediados del siglo XVII el abad Manso de Zúñiga mandó construir un coro cerrado en la nave central que aunque aportara aires catedralicios a la colegiata reducía notablemente sus vistas y su capacidad. Por ello, a finales de este siglo se proyectaron unas amplias obras de reforma. Fresnedo señala que de esta reforma derivan las capillas de la nave sur, para las cuales hubo que sacarse el muro tomando superficie a la contigua crujía del claustro y se reformó la puerta de acceso al templo, puerta ojival cuyo tímpano es de dicho siglo XVII. Las inscripciones existentes en algunas de estas capillas las sitúan



con anterioridad a estas amplias obras llevadas a cabo hacia 1697 siendo abad D. Francisco de Navarrete, en las que se modificaron algunos tramos de las naves laterales, se alargó la nave central a costa del castillo de San Felipe, se ensanchó el crucero y se construyó la escalinata exterior de la fachada norte que proporcionaba un acceso directo al templo por encima del actual arcada derecha del pórtico del Cristo. De esta escalinata aún pueden darnos detalles los santanderinos que tienen recuerdos anteriores al incendio de 1941.

El 12 de Diciembre de 1.754, mediante bula de Benedicto XIV, se erige el obispado de Santander; el abad quedó convertido en obispo y la colegiata en Catedral. Meses después la villa recibió de Fernando VI el título de ciudad.

La diócesis alcanzaba desde la ría de Portugalete hasta el río Deva, y de norte a sur peñas debajo de la cordillera, es decir, todos aquellos lugares cuyas aguas vierten al cantábrico. Al ser el agua quien delimitaba el espacio quedaban excluidos de esta diócesis todos aquellos lugares cuyas aguas van al Ebro. D. Sixto Córdova señala que habiéndose tomado como árbitro este ingeniero

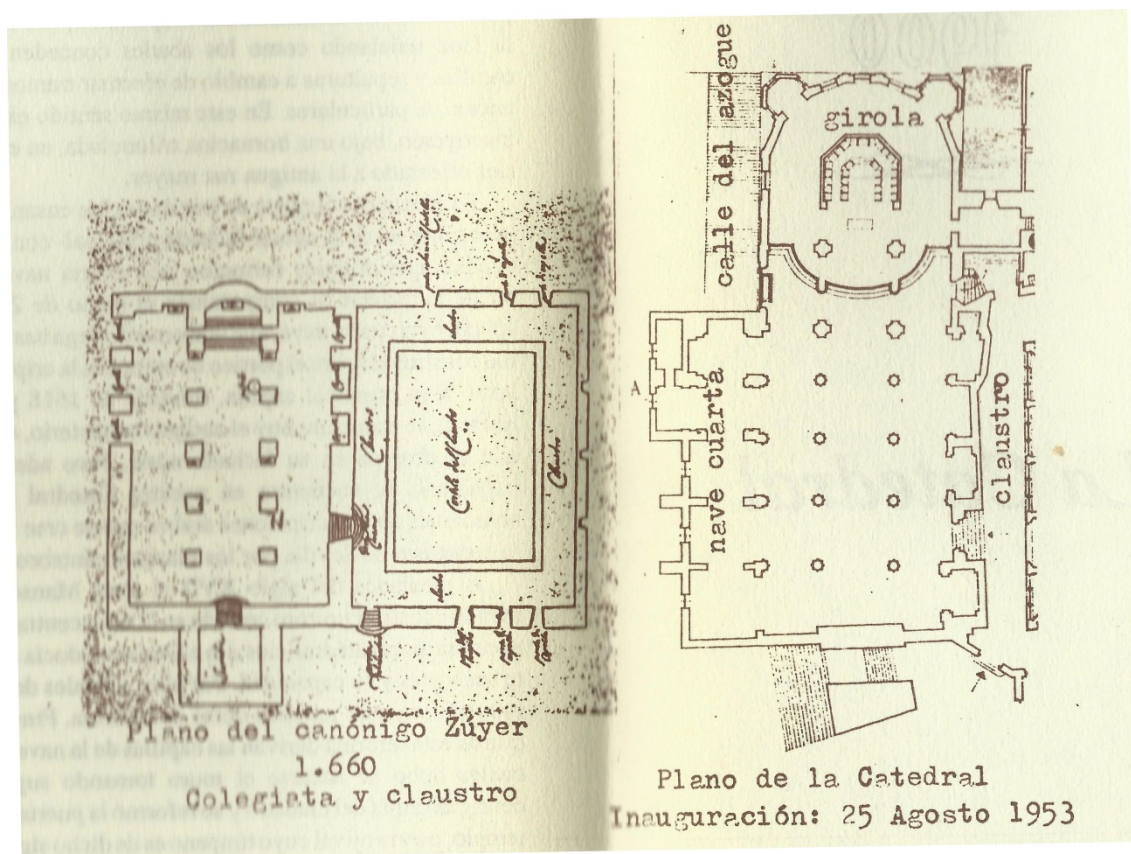


servicial y barato que es el agua sucedieron casos curiosos, como el de Villapaderne, “pueblo del arciprestazgo de Cinco villas cuyas aguas bajaban a dos mares, por el Ebro y el Besaya; se acordó que decidieran las vertientes de la iglesia, pero el tejado daba también agua a los dos mares y se dio a elegir al cura, que optó por Santander”.

El segundo obispo, D. Francisco Laso, costeó el retablo de la capilla mayor en 1.777 y poco después se embaldosó el templo con losas de mármol. Las losas

del antiguo pavimento lo eran de sepulcros, si bien habíase entablado el siglo anterior por lo que aquellas losas permanecieron en el suelo del claustro hasta desaparecer a su vez a finales de ese siglo XVIII de forma mayoritaria.

Aún habría de llevarse a efecto una nueva e importante restauración en el verano de 1.889, retundiéndose los parámetros para suprimir su revoque y pintura y abriéndose nuevos ventanales en la nave central, para los cuales se trajeron vidrieras de Munich. Después de éstas y otras obras que resultaron más controvertidas, el diario El Aviso de 8 de Marzo de 1.890 anuncia que se abre de nuevo al culto. Y así, tras estas pinceladas que hemos querido ir desgranando para ver llegar la Catedral hasta nosotros, estamos abocados necesariamente al día 15 de Febrero de 1.941. Aquella noche las llamas tomaron el templo en su nave central, en el crucero, en el campanil -las crónicas cuentan que las campanadas se desplomaron con gran estruendo hasta el suelo quedando en él fundidas-, en los retablos, en el altar mayor.... A los pocos días se desmoronó la torre. Pero las naves laterales no llegaron a caer, y se cree que acaso esto salvó la cripta.



La reconstrucción, dirigida por Bringas, renovó totalmente la cabecera de la iglesia con una girola goticista y dos pequeñas capillas; el coro central no fue rehecho, prefiriéndose adaptar al ábside una sillería procedente de San Jerónimo de Madrid; el crucero se elevó en una cúpula octogonal sobre trompas

y en los chaflanes exteriores se colocaron estatuas de los evangelistas, todo ello coronado por pináculos y ofreciendo al conjunto un aire herreriano tal vez no muy acorde con el espíritu gótico de la Catedral.

En su fachada oeste se adosó el palacio episcopal y se construyó una escalinata para salvar el desnivel de la nueva plazoleta con los tramos de las calles Lealtad e Isabel II que ahora seccionaron el antiguo promontorio de San Pedro mediante el gran desmonte que se hizo para comunicar la calle de Cádiz con el centro de la ciudad, desapareciendo así el horizonte de la secular rua mayor o calle principal que lo fue de nuestra población durante siglos. Su trayectoria sería la que hoy tiene -un poco más al norte- la calle Emilio Pino, de ahí que en cada uno de los dos extremos de esta pequeña calle exista una escalinata.

En la línea imaginaria que une sus peldaños superiores, descolgada de la torre medieval de la antigua colegiata, en un frágil hilo de tiempo pasado, aún tiembla la vida de aquel corazón del Santander ido para siempre.

Vicente García Gil
Colección gráfica: Segsa